

desde allí se lanzaran harían insostenibles las colinas de la margen opuesta, llegarían además á la Moncelle, al parque de Monvillers y á Bazeilles y llevarían la muerte hasta las inmediaciones de Balán.

Pero donde mayor atención merecía el relieve del terreno era en el Norte, en donde había, encima de la ciudad, una serie de alturas de aspecto irregular y accidentado que descendían, se elevaban de nuevo y declinaban al Este hacia el Givonne y al Oeste hacia la inflexión del Mosa. Aquellas alturas formaban más bien que una meseta única una porción de colinas separadas unas de otras por barrancos bastante profundos. Subiendo de Sedán, atravesábanse los restos de viejos reducidos denominados el *Vieux-Camp*; después se llegaba muy pronto á la primera grada, á cuya izquierda surgía un cerro poblado de casas de campo, que se denominaba la *Argelia*; algo más lejos comenzaba el *bosque de la Garenne*, y luego las vertientes descendían al Este hacia el *fond de Givonne*, la carretera de Bouillón y el valle del Givonne, y al Oeste hacia el arrabal de Casal, Gaulier y las praderas de Floing. Tal era la primera serie de colinas.

Al extremo septentrional del bosque de la Garenne, una depresión del suelo formaba un pequeño barranco que bajaba hacia el Mosa; después, una nueva elevación del terreno daba origen á una colina sin árboles que se prolongaba hacia Floing, es decir, de Este á Oeste, con una ligera inflexión al Sur: era la meseta denominada de Illy, del nombre de la vecina aldea, y que ostentaba casi en su punto culminante un pequeño calvario, sencilla cruz de piedra puesta entre dos tilos. Continuando hacia el Norte, aquellas alturas descendían de nuevo, y un arroyo, llamado de Floing, bajaba desde Illy hacia Floing para perderse en el Mosa y abría una profunda hendedura en la meseta que acabamos de describir. Más allá alzábese una tercera serie de alturas que en algunos puntos dominaban, gracias á su elevación, la meseta de Illy: eran las colinas situadas detrás de Fleigneux, el cerro cubierto de bosque del *Parc-Labrosse*, al Sur de Saint-Menges, y el del *Champ-de-la-Grange*, al Norte de la misma aldea; eran las alturas del bosque de la Falizette que dominaban el caserío de Saint-Albert, suspendíanse sobre la inflexión del Mosa y enfilaban la península de Iges. Finalmente, al extremo Norte, por el lado de la frontera belga, más allá del caserío de Oily, extendíase, formando arco de círculo, una inmensa orla de encinas, abedules y alerces que formaba el lindero de la selva de las Ardenas que cerraba el horizonte.

Si alguna vez el enemigo ocupaba aquellas alturas, sería dueño de Sedán, del ejército y, en una palabra, de todo, y podría principalmente interceptar toda retirada. De manera que el sitio en donde Mac-Mahón acababa de concentrar sus fuerzas era el peor que podía haber escogido; no obstante lo cual era posible atenuar el peligro si el mariscal, después de haber utilizado todos los recursos de la plaza, en vez de situar sus cuerpos en los flancos de la fortaleza los dirigía rápidamente hacia el Norte y ocupaba no sólo las alturas de la Garenne, sino además la *meseta de Illy* y más atrás el *Parc-Labrosse* y el *Champ-de-la-Grange*. En esta posición, los franceses se encontrarían defendidos al Este por el encajonado valle del Givonne, al Sur por el Mo-

sa y al Oeste por la gran inflexión del río. Y sobre todo disminuiría el peligro si la previsión del general en jefe se dedicaba á retardar la marcha del enemigo mediante la destrucción de los puentes del Mosa, y en particular del de Bazeilles y del de Donchery. Protegido de esta suerte, el ejército podría reunirse, reorganizarse, evitar la total destrucción; y sobre todo podría, cuando aún era tiempo, deslizarse por el desfiladero de la Falizette, entre el Mosa y la frontera, y utilizando hasta los más insignificantes caminos, llegar á Mezieres, á Nouzón y á Rocroi y desde allí á París ó á las plazas del Norte. Esta probabilidad de salvación era la última y quedaban ya muy pocas horas para aprovecharla.

### III

Aquellas horas del 31 de agosto, las últimas de gracia, habían de utilizarlas los alemanes para proseguir la maniobra envolvente que había de ponernos á su discreción.

El rey había llegado el día 30 á Buzancy. De Beaumont sólo se recibían noticias algo confusas, pero á medida que avanzó la tarde todo se aclaró y se supo que se había obtenido una gran victoria. Moltke resolvió continuar sin perder un instante la «ofensiva concéntrica» contra los franceses que se replegaban (1), y una orden expedida por el gran cuartel general á las once de la noche marcó de una manera precisa el doble papel que habían de desempeñar en las siguientes jornadas el príncipe de Sajonia y el príncipe real; el primero, con el IV.º ejército, cerraría á los vencidos los caminos del Este, para lo cual enviaría dos de sus cuerpos á la orilla derecha del Mosa; el segundo, con el III.º ejército, cortaría las comunicaciones del adversario, ora al Sur, ora al Oeste, impidiéndole de este modo replegarse hacia el interior, y además escogería en las alturas de la orilla izquierda las posiciones más fuertes posibles para dominar con su artillería todo el valle más abajo de Mouzón (2). El objetivo, que dos días después había de lograrse con exceso, consistía en acorralar al enemigo en la frontera belga y obligarle á buscar en ella refugio.

Bismarck iba con el cuartel general, y como la política y la guerra andaban mezcladas, avisó á su representante en Bruselas las próximas eventualidades, añadiendo que esperaba que el gobierno del rey Leopoldo desarmaría á cualquier destacamento francés que pasara la frontera. Aquella cortés invitación ocultaba una amenaza, porque los alemanes tenían resuelto penetrar en Bélgica detrás de los franceses si la fuerza pública belga se mostraba indecisa ó resultaba impotente para cumplir los deberes de la neutralidad (3).

En la mañana del 31 de agosto comenzaron á ejecutarse las órdenes. Mientras el IV.º cuerpo permanecía en Mouzón, los sajones pasaron el Mosa por Letanne y los prusianos de la Guardia por Pouilly; los primeros se detuvieron no lejos de Douzy, entre el Mosa y el

(1) *La guerre franco-allemande*, redactada por la sección histórica del estado mayor prusiano, tomo II, pág. 1056.

(2) *Correspondance militaire de Moltke*, tomo I, páginas 334-335.

(3) *La guerre franco-allemande*, redactada por la sección histórica del estado mayor prusiano, tomo II, págs. 1056-1057.

Chiers; los segundos, que habían de recorrer un camino mucho más largo, cruzaron este último río y remontaron hacia el Norte á fin de destacar sus avanzadas hasta cerca de la frontera belga. Estos prusianos de la Guardia, que llegaron muy tarde á sus acantonamientos, habían de instalar el grueso de su cuerpo, en parte en Pouru-Saint-Remy y en Escombres, y en parte en Messincourt y en Sachy, con lo cual quedaría cerrada la carretera de Montmedy. Tal había de ser la etapa del IV.º cuerpo. En cuanto al príncipe real, desde las tres de la mañana había organizado la marcha de sus columnas: los bávaros, con su I.º cuerpo, llegarían á Remilly y con su II.º á Raucourt; el VI.º cuerpo quedaría de reserva; y el XI.º cuerpo y los wurtembergueses se dirigirían los unos á Donchery y los otros á Bourtancourt, amenazando también la carretera de Mezieres, al mismo tiempo que el príncipe de Sajonia impediría toda retirada hacia el Este. El V.º cuerpo, que se había quedado algo atrás, haría alto en Chemery.

## IV

Todo lo que en el enemigo era seguridad y confianza, transformábase en Mac-Mahón en motivos de ansiedad: sólo una cosa le sostenía, las ilusiones que aún conservaba, pues no quería convencerse de que la victoria le fuese infiel hasta el final ni de que Dios hubiese abandonado á la Francia. La retirada á Mezieres había sido objeto de todas sus preferencias y no cabe duda de que en ella tenía puestos sus pensamientos cuando todo lo demás era sólo quimera ó desastre; y sin embargo, en aquella jornada del 31 de agosto había de reprender á Ducrot por haber seguido sus planes y orientado su cuerpo de ejército en aquella dirección: hasta tal punto llegaba en aquella alma disciplinada la superstición de la obediencia. Abrumado moral y físicamente, el desdichado mariscal pedía gracia y un poco de reposo. Esperaba pasivamente; pero ¿qué esperaba? A él mismo le habría sido difícil decirlo. Confiaba en que la fortuna le ayudaría dos días, uno siquiera, que él aprovecharía para dar un descanso á sus tropas, reorganizarlas y abastecerlas; después ya se vería lo que había de hacerse.

El recinto de Sedán era demasiado pequeño para contener todas las masas que á él afluan. Por la mañana, el 5.º cuerpo, apelotonándose junto á la fortaleza, se instaló en el *Vieux-Camp*; el 7.º, procurándose mayor espacio, aunque no el suficiente, subió á la colina de la *Argelia*, en tanto que el 12.º se detenía en Bazeilles; las tropas de Ducrot hallábanse aún en camino. Por la ciudad vagaban gran número de soldados sueltos, extraviados más ó menos voluntarios, que iban en busca de víveres, de aguardiente, de una cama, de un jergón, y ora asediaban las posadas, ora recurriendo á la intimidación ó á la piedad obtenían un albergue en las casas particulares, pagando la hospitalidad con algún relato hermoso de las últimas batallas. Muchos de ellos, después de haberse desatado en conceptos fogosos y en acusaciones, se escondían prudentemente, y algunos para no volver á presentarse.

A eso de las nueve recibió Mac-Mahón un subordinado á quien no esperaba: era el general de Wimpffen que, llegado recientemente de Argelia, y de París la vis-

pera, llevaba una orden ministerial que le confería el mando del 5.º cuerpo. El mariscal acogió muy fríamente al recién venido, con quien había tenido algunos altercados en Africa; además le disgustaba aquella ingerencia de Palikao. Por otra parte, cualquiera que fuese la insuficiencia de Faily, un cambio en aquellos momentos tan críticos más había de ocasionar confusión que reportar ventajas. Wimpffen se fué en busca de sus tropas, y encontrando al mismo á quien iba á reemplazar, le comunicó que debía resignar el mando en favor suyo. En el entretanto, Mac-Mahón, en un billete escrito á toda prisa, notificaba á Faily su desgracia, le expresaba el pesar que por ello sentía y le aseguraba que lo había ignorado todo. El mariscal, al confesar su ignorancia, no sabía cuánta verdad decía: si Wimpffen hubiese sido sincero, no sólo habría publicado su dignidad presente, sino que además habría revelado el papel eventual que la confianza de Palikao acababa de encomendarle; en efecto, era portador no de una letra de servicio, sino de dos, y la segunda, mucho más importante que la primera, le confería el mando supremo en caso de inhabilitación del mariscal. Pero Wimpffen mantuvo secreto su ascenso condicional, como se hace con un pliego sellado que se guarda uno de abrir antes de tiempo. Así se preparaba la crisis que al día siguiente había de sumar á todos nuestros otros infortunios la desdicha de una disputa sobre el mando.

Lo más urgente era penetrar los planes y apreciar los progresos del enemigo. Mac-Mahón, después de haber despedido á Wimpffen, subió á la ciudadela: eran las nueve y media, y la niebla, muy espesa á primera hora, se había disipado por completo; desde lo alto de las murallas nada se distinguía hacia el Norte ni hacia el Nordeste, pero en cambio extendíase la vista libremente sobre las colinas que se alzaban junto al Mosa, desde Remilly á la *Croix-Piot*. En aquellas alturas se divisaba la artillería prusiana, y detrás una nube de polvo denunciaba la presencia de grandes columnas en marcha (1). A juzgar por la dirección general, parecía que el enemigo quisiera cortar nuestras comunicaciones hacia el Oeste.

Esta observación no dejaba de ser alarmante, y de confirmarse, no había que perder un instante para llegar á Mezieres. Para evitar, para retardar cuando menos el movimiento envolvente, el mariscal mandó destruir el puente de Donchery, y una vez dada esta orden, no dudó de que sería ejecutada. En aquel momento, una noticia muy grave convirtió en casi certidumbre lo que hasta entonces sólo era verosimilitud.

Se recordará que el gobierno había decretado la formación de un 13.º cuerpo á las órdenes del general Vinoy; éste había llegado en la noche del 30 al 31 á Mezieres con una de sus divisiones y su misión había de consistir en hostilizar el flanco izquierdo del III.º ejército. Pues bien, aquella misma mañana Vinoy había enviado á Sedán, por ferrocarril, á uno de sus ayudantes, el capitán Sesmaisons, con la doble misión de ponerse en relaciones con Mac-Mahón y de llevar al ejército de Chalóns un destacamento de zuavos; y aquel viaje, ya de sí importante, lo fué aún más por lo que el

(1) *Enquête parlementaire sur le 4 Septembre*, declaración de Mac-Mahón, pág. 37.

mensajero observó por el camino. Muy cerca de Donchery, el tren había sido atacado por el fuego de una batería prusiana apostada en uno de los cerros inmediatos, y además, cuando se aproximaba á la estación, el oficial había visto en las alturas de Wadelincourt una comunicación recientemente abierto y que seguramente no conocían los prusianos. Aquel camino doblaba la inflexión del Mosa, pasaba cerca de Vrine-au-Bois, y siguiendo á larga distancia la orilla derecha del río, llegaba á Mezieres por las alturas; por allí emprendería el



El general Vinoy

fuerte columna que, al parecer, se dirigía á Mezieres ó á Donchery.

Tales eran las noticias recientes que á eso de las diez llevó á Sedán el capitán Sesmaisons, quien vió primeramente no á Mac-Mahón, á quien no pudo alcanzar, sino al emperador. Aquellos informes, que ponían de manifiesto los propósitos del enemigo, demostraban la urgencia de una retirada inmediata hacia el Oeste. El emperador se inclinaba visiblemente á esta resolución, pero al mismo tiempo que aceptaba el único partido prudente, descansaba en una confianza inoportuna, pues parecía creer que podría disponerse de uno ó dos días de tregua; y poniendo el dedo en el mapa, señaló, como si hubiese hecho un descubrimiento, un camino de gran

ejército la marcha al día siguiente, y el mismo emperador marcó con lápiz el trazado de la ruta. Después de lo cual, bondadoso como siempre, el soberano recomendó mucho al oficial que utilizase aquella vía para su regreso, y habiendo ordenado que le dieran uno de los caballos del estado mayor, se despidió de él.

El capitán, al salir de la audiencia imperial, consiguió ver á Mac-Mahón, que todavía estaba en la ciudadela. Los datos que traía confirmaban, concretándolas, las propias observaciones del mariscal; pero, ofuscado por un resto de optimismo, el comandante en jefe estaba convencido, como el emperador, de que la partida no urgía tanto y de que conservaría la libertad de sus evoluciones en la orilla derecha del Mosa. En aquel mo-